



Los Padres del Desierto

The Desert Fathers

Dr. Luis Ángel Tau

Seminario Mayor San José – La Plata – Argentina

Resumen

Presentamos este artículo que es una transcripción de una conferencia que el doctor Luis Ángel Tau brindó el 15 de julio de 1978 en la Junta Catequística de la Arquidiócesis de La Plata, como parte de un ciclo de Conferencias sobre los Santos Padres de la Iglesia. La Fundación Santa Ana se ocupó de recopilar estas conferencias y publicarlas en escrito en una colección. Tau fue profesor de Historia de la Filosofía Medieval en el Seminario San José. Es uno de los muchos laicos que pasaron por nuestra casa y dejaron huella en los seminaristas con su sabiduría y su mirada de la realidad.

Palabras clave: padres, desierto, monacato, Iglesia, santos

Abstract

We present this article that is a transcription of a conference offered by doctor Luis Tau on July 15 from 1978 on the Catechesis Committee of Archdiocese of La Plata, as part of a cycle of Conferences about Church's Holy Fathers. Tau was professor of Medieval Philosophy History in Seminary San José. He's one from a few of seculars that passed for our house and left a mark on the seminarists with their knowledge and their sight about reality.

Keywords: fathers, desert, monasticism, Church, saints

Recibido: 20/10/2022

Aceptado: 20/10/2022

Publicado: 25/11/2022





Introducción

El tema de esta conferencia¹ evoca a los Padres del monacato cristiano, a aquéllos que iniciaron una manera peculiar de vivir el Evangelio y eligieron un camino de aislamiento.

La nostalgia hacia lo Absoluto y la búsqueda de una vida más bella los llevó a la negación de esta vida, con un desprendimiento total de todo lo terrenal. Entendieron que todo interés prodigado en las cosas de este mundo no hace sino retrasar la verdadera salvación, en el más allá del tiempo y de la historia. Por eso prefirieron instalarse ya en la trascendencia.

Sus vidas imprimirán un sello indeleble en la historia del cristianismo. Sus doctrinas sentarán las bases de una forma original de espiritualidad, individual y colectiva. **Anacoretas** y **cenobitas** testimoniaron, con sus renunciaciones al mundo, un encuentro definitivo con Dios en anticipación escatológica.

Nuestros Padres prefirieron el desierto; ascender y encontrarse en la soledad con la plenitud del Absoluto, colocando el duro trabajo de su muerte y renuncia al mundo como vía elocuente para su unión con Dios. Por eso son Padres de la espiritualidad cristiana, atletas del desierto, hombres poseídos de divina embriaguez, “ebrios de Dios” (Lacarrière), dominados por el anhelo de perderse en el esplendor trascendente del Creador, de quien quisieron ser testimonio vivo.

Los orígenes

Las tendencias a la autarquía y a la apatía existieron desde antes del cristianismo. Buda las expresa con elocuencia en el Sermón de Benarés:

“El nacimiento es sufrimiento, la decrepitud es sufrimiento, la muerte es sufrimiento... estar unido a lo que se ama es sufrimiento; estar separado de lo que se ama es sufrimiento... es la permanente exigencia del deseo lo que nos liga a la vida y al dolor...”

Programa terrible de renuncia a la vida y al amor, porque -en definitiva- todo amor engendra dolor; camino para llegar a “ser” rompiendo las ataduras de la vida, las que en el pensamiento oriental eran causa de las reencarnaciones fatales y sin fin de las existencias.

Los autores antiguos nos traen mención de otros grupos, como la Gran Sinagoga y los Esenios. Filón nos habla de los “terapeutas”, cerca del lago Mareos, vinculados probablemente a los Esenios. Ambos combinaron vida solitaria y cenobítica, con sus himnos y sermones, voluntariamente célibes. Son tendencias precristianas, de observantes de la Ley y directamente vinculados a la Fe en un Dios personal. Todos ellos tributaron sus existencias a una búsqueda acuciante de salvación y de purificación interior.

¹ Al tratarse de una conferencia, las citas a las que refiere no son rastreables.



A su vez las tendencias platónicas griegas y del Helenismo, van a perfilar la idea de la “*apatheia*” como objeto de la virtud y de la “*katharsis*” como medio para obtenerla. Idea que difundirá luego el estoicismo. Los neoplatónicos querían ser semejantes a Dios por el conocimiento. Por eso San Atanasio comparará a San Antonio con ellos, aunque éste querrá llegar a Dios por la contemplación y por la fe.

Los errores y tendencias extremas abundaron también en los tres primeros siglos de la Iglesia, así el monofisismo, el montanismo, el maniqueísmo, el error origenista. Pero de ellos hay dos fenómenos que hacen a la directa comprensión de nuestro tema. El primero es el de las tendencias gnósticas con su dualismo radical y su anhelo imperioso de inmortalidad y de redención. Para los gnósticos -cuya frontera entre ortodoxia y heterodoxia es tan difícil de precisar-, el hombre es prisionero de su alma inferior. Basílides dirá:

“Son los arcontes del destino los que obligan al hombre a pecar”.

El hombre es para ellos prisionero del mundo:

“Libranos de la oscuridad de este mundo al que hemos sido arrojados”.

El hombre es prisionero del tiempo, que es engaño, mistificación y apariencia. Por eso no somos de este mundo:

“Tú no eres de aquí, tu stirpe no es de este mundo, tu lugar es el lugar de la Vida”.

Tributarios de un idealismo cósmico, en el choque grandioso entre la Luz y las Tinieblas, clama el gnóstico por la liberación de su espíritu aprisionado por la materia. San Justino -de quien se hablara ya en este ciclo- fue quien clarificó y puso de manifiesto lo que era cristianismo y lo que no lo era dentro del gnosticismo (cfr. **Contra Marción**).

El segundo es el error **mesaliano** o la herejía **euquita**. Para los mesalianos el objeto de la oración es expulsar del alma al demonio, aun después del Bautismo, para permitir que el Espíritu Santo la posea por entero y para siempre. Esta posesión divina se manifiesta a través de fenómenos experimentales, como visiones y revelaciones que cuando ocurren hacen perfecto al hombre que, de otro modo, no pasaría de ser justo. Así se lee en el “*Liber Graduum*”: “Sólo los perfectos verán a Dios cara a cara”.

Este es el ambiente intelectual que recibirán como herencia los Padres del Desierto. ¿Cuál fue su escenario natural?

El escenario

Lo tenemos que ubicar primeramente en **Oriente**, en el desierto y especialmente en Egipto, tierra de viejos dioses y de ruinas. Las ruinas siempre son del demonio y allí habita.

En Egipto y Palestina había supervivencias poderosas que darán el marco adecuado para un gigantesco desafío espiritual. Pero además la vida en Egipto era misérrima. Los “*fellahin*” vivían en una pobreza total impuesta por las condiciones objetivas del siglo. Cuando los desiertos se pueblen de anacoretas, los primeros serán



esos fellahin. Y ellos, los campesinos iletrados del alto y del bajo Egipto, querrán sumar a las penurias de aquí abajo la recompensa celestial, acentuando aún más las privaciones que de por sí padecían.

Tanto abarcó este movimiento popular, que los terratenientes protestan por la pérdida de mano de obra; los Concilios prohíben el abandono del amo para hacerse anacoreta, y los emperadores tienen que legislar medidas represivas. Juliano el Apóstata los acusará de “misanropía”. Valente los obligó al servicio militar. Teodosio atiende varias denuncias por “vicios contra natura” y por quemar templos antiguos, y en el 380 los confina al desierto como su hábitat natural; en el 392 les prohíbe que se presenten en justicia. Arcadio y Honorio los acusan de servir de refugio a los criminales que escapan de la justicia. Los otros críticos provienen del campo intelectual. Eunopio de Sardes en la “Vida de los Sofistas” dice que “alimentan con su mugre pensamientos místicos”, y huyen de la luz en una “vida antinatural”.

Para el mundo antiguo, que agonizaba, eran escándalo y locura.

El tiempo de la iglesia

Eusebio, en su “Historia Eclesiástica”, marca la persecución de Decio (del 250) como inicio de este movimiento. Era evidente la creencia generalizada -en el s. III- de que el fin del mundo era inminente. San Cipriano dirá:

“El mundo envejecido no conserva ya su antiguo vigor... el Día del Juicio se aproxima”.

Sensación colectiva y poderosa de que el “dies irae” estaba próximo, de que había necesidad de medios extraordinarios para aprestar la Parusía.

Por otra parte, la expansión de la Iglesia y la difusión del Evangelio hicieron elaborar una repulsa al mundo: al mundo concreto que se derrumbaba por la crisis del Imperio, y al “mundo” marcado a fuego por las Escrituras, especialmente en San Juan cuando presenta las grandes antítesis: carne y espíritu (Jn 3, 6); luz y tinieblas (Jn 3, 19), sin ninguna coexistencia posible. Es el mundo que odia a Cristo (Jn 15, 19), y Cristo que no ruega por el mundo (Jn 17, 19). El mundo que no es el reino de Cristo (Jn 18, 36) sino que reconoce el principado del Demonio (Jn 14, 30); el mundo que es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida (1-Jn 2, 15-16).

En esta línea de pensamiento sólo se impone una forma de conversión radical. Porque se entiende que lo que esperaban los Apóstoles era más el odio del mundo que su conversión. De esa manera la Encarnación, la Pascua del Señor, no es la culminación del mundo y de la historia, su Apoteosis, sino el comienzo de una total ruptura. El Hijo del Hombre no se hace carne a gusto, desciende a ella como a la muerte. Estimaron así que el mundo de la ciudad temporal estaba superado por otra realidad absoluta y trascendente, era ya algo anacrónico. Máxime ante ese Imperio, figura del Anticristo, tal como Juan lo presenta en el Apocalipsis.

Pero en el siglo IV un hecho acontece: ese Imperio, de perseguidor se torna cristiano. El cristianismo, de “religión ilícita”, pasa a ser religión oficial con Teodosio, y desde entonces conoce los halagos del poder, esa suprema y permanente tentación:



Imperio cristiano o Iglesia imperial... La nueva situación creaba una nueva contradicción. San Hilario de Poitiers la describe así en ese siglo:

“Tenemos que vérnosla ahora con un perseguidor astuto, contra un enemigo que nos adula; que no nos quiebra el espinazo sino que nos halaga el vientre; no nos quita la vida, sino que nos da dinero para la muerte; no nos echa a la cárcel para perder la libertad sino que nos honra en el palacio para aguantar la esclavitud... amontonas en el santuario el oro del erario público, lo arrancaste del templo de los dioses o con multas y ahora se lo quieres hacer ingerir a Dios. Besas a los obispos, ¿también Cristo fue traicionado con un beso!” (Contra Constantium, 4, 11).

Era una nueva lucha la que se iniciaba: por la libertad interior de la Iglesia.

Pero el martirio había pasado. Es entonces cuando la muerte blanca sustituirá a la muerte roja. Por eso la vida espiritual del yermo hará eclosión, en su forma popular y en su forma docta, en el s. IV, que es -además- la edad de oro de la literatura patristica. El desierto por el martirio: testimonio de lo absoluto y definitivo del Evangelio, por sobre todas las supuestas conciliaciones del siglo.

La Iglesia irá de la veneración del mártir a la veneración del anacoreta, como forma eminente de santidad. El Apocalipsis exaltaba las glorias del martirio, ellos entraban en el Paraíso. Nacían de nuevo. En la Epístola a los Romanos de Ignacio de Antioquía dice:

“Mi parto se aproxima, dejadme recibir la pura Luz; cuando esté allí seré hombre”.

El martirio era la perfección de la caridad, con un valor social redentor. Era lucha contra el demonio:

“El diablo desplegó contra los mártires todos sus artificios, pero no logró vencerlos”.

dice el Acta del martirio de San Policarpo. En la de Perpetua leemos:

“Entonces retrocedí y comprendí que debía combatir no con las bestias sino con el diablo”.

El mártir, vencedor de este combate por la muerte gloriosa, testimoniaba la culminación escatológica y a ella se dirigía.

El anacoreta luchará ahora contra el demonio, contra el mundo y la carne y contra las fieras que habitaban en su mundo, en un combate espiritual igual de audaz y de glorioso, que lo haría nacer de nuevo. El P. Bouyer afirma que este fenómeno espiritual es reacción instintiva del sentido trascendente, contra una falaz reconciliación con el presente que la conversión imperial pudiera justificar.

Una parte de la Iglesia accede a la historia y al tiempo, e inaugura una nueva tensión dialéctica: Iglesia y Mundo, tiempo y eternidad. La otra la rechaza, refugiándose



en la vida intemporal del desierto, donde el sistema de relaciones es predominantemente interior. Afirman así su nostalgia por la Iglesia primitiva, continuando a Cristo y a la locura de la Cruz porque -dice San Efrén-:

“Si perteneces realmente a Cristo debes revestirte de sus sufrimientos”.

Solamente así les esperará la Gloria, por la muerte transformará sus vidas hasta hacerles acreedores a una corona inmarcesible:

“Las cavernas que fueron tu refugio te construyan un palacio en el Cielo. Tu cabellera que creció inculta, como sobre alas de águila te transporte y te asiente en las alturas. El sórdido vestido con que te cubriste te tejió una túnica de gloria. El calor que te consumió durante el día te ofrecerá un tálamo de luz para tu refrigerio. El frío que padeciste te confortará cual vino nuevo. El hambre que devoró tus carnes te procurará los bienes del Edén. La sed que inflamó tus venas te dará de beber de la fuente de la vida...” (San Efrén).

Las fuentes. Figuras

El testimonio de sus vidas, la aretología, resulta muchas veces increíble. Existe un fondo aleccionador y una idealización que llega hasta a crear un tipo ejemplar. San Atanasio (+ 373) escribe la “Vida de San Antonio” y es verosímil en gran parte; pero no ocurre lo mismo con la “Vida de San Pablo” que escribe San Jerónimo, con fuerte dosis de imaginación.

A Pacomio, en la Tebaida (+ 346); a San Antonio en Nutria, y Escete, en el valle del Nilo, que muere en el 356 más que centenario y “con todos sus dientes”, se los considera iniciadores de este movimiento. Ambos dejaron doctrina y discípulos. Orsiesio (+ 380), Teodoro (+ 368), Macario el egipcio (+ 390), Macario el alejandrino, Isidoro de Pelusio (+ 435), Schenute en el Monasterio Blanco del desierto de Tebas, abren rumbos en esta forma de vida. Hilarión en Palestina, junto al abad Isaías (+ 488), San Barsanufio (+ 550), San Juan el Profeta y San Doroteo son otros. En Siria San Efrén (+ 373), a quien con razón se llama la “cítara del Espíritu Santo”, y San Juan Crisóstomo (+ 407); San Nilo de Ancira (+ 430) y San Marcos el ermitaño (+ 430), Diadoco (+ 468), Teodoro de Ciro, con su “Historia Religiosa” (+ 466), Filoxeno de Mabburg (+ 523), de gran influencia entre ambos monacatos, el popular y el culto.

Los de raíz griega tienen una gran importancia. Están allí Paladio, discípulo de Evagrio Póntico y luego Obispo en Asia; el mismo San Nilo que antes citamos, porque vivió con los monjes del Sinaí abandonando Constantinopla, y escribe varias obras ascéticas; Marco el monje, que según parece era contemporáneo de San Isidoro Pelusita y de San Nilo y discípulo del Crisóstomo, y se hizo anacoreta en Judea, dejando cuarenta tratados ascéticos y varias obras **dogmáticas** y polémicas. San Arsenio (+ 499) tiene dos tratados. Otros son **poetas**, Claudiano y Ciro, de la época de Teodosio II (408 al 450).

Tenemos también obras **históricas**. La primera historia de monjes parece ser la de Timoteo, patriarca de Alejandría, hacia el 380/384. Ya citamos a las de San Atanasio y San Jerónimo. Teodoreto de Ciro y Juan Mosco relatan la vida de los anacoretas de Siria y Palestina. Paladio -antes citado- escribe hacia el 420 la “Historia Lausiaca”, llamada así



porque estaba destinada a un funcionario de nombre Lauso. Esa obra, junto con la “Historia Monachorum in Aegypto”, que parece ser de Rufino de Aquileya, son las fuentes más importantes.

Otras son colecciones de **sentencias** y **anécdotas**. Así por ejemplo los “Apotegmas de los Padres”, probablemente de los que poblaron el yermo de Escete.

Otros escritos son de padres del Monasterio Blanco, especialmente de Schenute (+ 466) y de Besa, que fue su discípulo.

Esta literatura es vasta, y tiene por fin edificar en la vida espiritual. Está impregnada de experiencias espirituales y de un subido misticismo. Allí la doctrina se mezcla, y no hay hito divisorio entre experiencias personales, intervenciones divinas, espiritualidad y teología, comentario bíblico y doctrina ascética, entre mística y moral, entre anacoreta y cenobita. Más que enseñar buscan testimoniar; más que elaborar, buscan señalar el camino de la vida interior. Por eso son **maestros**.

Y la idea de Padre es amplia y aquí responde a eso: maestro y consejero de vida espiritual, lo que significa haber recibido y poseer al Espíritu Santo como premio a un sacrificio. Son **santos** como hombres de Dios. Con la idea medieval de santidad: dotados de carismas y de poderes sobrenaturales.

La historia nos trae los nombres y la trayectoria de los maestros espirituales más importantes, pero no han sido los únicos en el desierto. A ellos los conocemos porque se les unieron discípulos, atraídos por la fama de sus virtudes. Por eso, además, son tanto anacoretas como cenobitas. El mismo Pacomio acepta discípulos y funda nueve monasterios.

Ellos disponían del don de clarividencia en las cosas espirituales -diácreis- y el del conocimiento íntimo de las Escrituras, que es fruto de la contemplación pura y del uso permanente del texto sagrado, para tener la mira interior ininterrumpidamente vuelta hacia Dios.

En **Asia Menor** tendremos también las grandes personalidades del **monacato** docto. Aquellos que realizaron la síntesis con la cultura de la escuela de Alejandría y con Orígenes y dejaron una vasta producción ascética y teológica. Esos son los tres grandes Capadocios, que unirán monacato y cultura para siempre: San Basilio (+ 379), padre del monaquismo griego, que vivió en la soledad de Iris; su amigo Gregorio de Nacianzo (+ 390), y Gregorio de Nisa (+ 394), teólogo y místico, junto con Evagrio Póntico, monje filósofo en el desierto de las Celdas, gran admirador de Orígenes y condenado como él en el 5º Concilio Ecuménico del 553.

De toda esta floración espiritual se aprovecharán **latinos** en Palestina, como San Jerónimo, primero en Siria y luego en Belén, y Juan Casiano (+ 435) que la lleva al sur de las Galias. Así llega esta corriente a **Occidente** y la recogerán los grandes padres de la vida monástica: San Agustín (+ 430), quien realizará la conciliación definitiva de todas las realidades en el Plan de Dios en su “Civitas Dei”; y luego San Benito (+ 547), sabiduría divina y humana. Por eso lo llamamos -con razón- el Padre de los Monjes de Occidente y al mismo tiempo el Padre de Europa.



El combate espiritual

La existencia marginal así abrazada es ascesis larga y difícil, auténtico combate acosado por tentaciones. Se siente el llamado de Dios, que implica desprendimiento y renuncia, separarse voluntariamente de todo lo que trabe u ocupe nuestro corazón para volverse totalmente a Dios en la soledad y en la desnudez, hecho un “pauper Christi”. Allí comienza la subida al desierto, en donde lo que cuenta no es la ciencia sino el servicio de Dios para llegar a la verdadera sabiduría. Dirá Evagrio:

“La ciencia de Cristo no requiere un alma dialéctica sino un alma vidente. La ciencia debida al estudio es posible poseerla sin ser puro; la contemplación pertenece sólo a los puros”.

Perfección a través de la purificación del alma para llegar a ver a Dios. Vocación y labrado de perfección que es obra del Espíritu Santo a condición de dejarse vencer por él. Rasgo único del ascetismo cristiano: la comunión contemplativa. ¿Cómo? En primer lugar, a través de la meditación permanente de las Escrituras, meditar que es recitación y un soliloquio de vida espiritual. Evagrio dice:

“El sol naciente te encuentre con la Biblia en las manos”.

San Atanasio los llama “filólogos”, como amantes de la Palabra de Dios. Es la Escritura como guía y maestra de la vida. O mejor “teodidactas”: Dios les había enseñado lo que ellos sabían. Por eso es carisma de verdadera sabiduría.

Esa sabiduría requiere la “hesychia” o silencio total del corazón para oír a Dios; pureza absoluta del corazón, así llama Casiano a la “apatheia”. Son estados físicos con su correspondiente estado del alma. San Ignacio nombra por dos veces a Cristo “el gran apathós”. Clemente de Alejandría dice que la apatía es la virtud esencial para el conocimiento cristiano. San Juan Clímaco, en la “Escala del Paraíso”, pone a la apatía como escalón veintinueve de los treinta que debe transitar para llegar a la contemplación divina. Por eso en las “Sentencias de los Padres” se lee:

“Mañana y tarde debe el monje preguntarse: ¿qué he hecho de lo que Dios quiere, ¿qué he hecho de lo que Dios no quiere? El monje no jura, no perjura, no miente, no maldice, no insulta, ni ríe...”

Es decir, impasibilidad total, exclusión de todo universo emocional.

Para eso el vencimiento corporal, el primado de la sencillez y de la simplicidad de la vida.

“Nada poseas sino la celda, el manto, la túnica y el Evangelio”, dice Evagrio Póntico.

Esfuerzo de voluntad sin pausas, ascensión constante. Silencio, vigiliias, trabajo para evitar el ocio, ayunos y mortificaciones que no conocen descanso hasta que lo corpóreo sea transparente para visibilizar lo invisible. Porque *“si tu ojo es puro todo tu cuerpo estará iluminado”* (Mt 6, 22).

Porque sólo los limpios de corazón verán a Dios: pureza y mansedumbre. Sólo el manso está en el camino interior de Cristo (Mt 5, 4.8).



Es ascesis dura. Las primeras normas fueron sensatas: que cada uno coma y beba de acuerdo a lo que necesite. Pero el matiz de subjetividad generó casos curiosos y desviaciones, excesos de celo o problemas de competencia: a uno les bastan seis aceitunas, otro se mantiene con cinco; al final siete aceitunas fijas, más era gula, menos orgullo... Para esa uniformidad, *“que cada uno lleve un capuchón de piel de cabra curtida y que nadie coma sin llevarlo puesto”*.

Pero el ayuno gozaba de gran fama: *“Porque cuanto más engorda el cuerpo tanto más enflaquece el alma”*.

Obediencia y humildad extremas. Un monje reprendido no habló más por siete años y el superior lo tuvo que obligar a hablar. Humildad que lleva a negarse. Paladio afirma que cuando un anacoreta interpelado niega ser el que se busca, es porque seguramente lo es. En realidad, había dejado de ser...

San Alejo vuelve a su casa -cual otro Ulises- después del desierto y nadie lo reconoce. Vive y muere allí como un sirviente.

A veces se provoca el fenómeno inverso, hacerse pecadores para vencer el orgullo, comer o vivir con los hombres, reír, cantar sin romper la “heysychia”; conservar, en la tentación y en la ocasión próxima de pecado, el corazón puro, porque habían sido capaces de morir desde adentro a la pasión.

Nuestros Padres fueron admirados y seguidos. Por su testimonio, San Juan Crisóstomo los llama pueblo de mártires y asamblea de vírgenes. Y San Efrén los describe así:

“Vayamos a ver las moradas donde ellos se alojan, como los muertos en sus sepulcros; vayamos a ver sus cuerpos, vestidos y ornados con cabellos; veamos su bebida hecha de lágrimas; veamos su mesa cubierta de hierbas silvestres; mirad las piedras que se ponen sobre la cabeza... Si un ladrón los descubre se arroja al suelo para honrarlos. Si las fieras ven sus harapos huyen inmediatamente como ante algo asombroso y prodigioso... Pisotean toda clase de serpientes... Moran en cuevas y en las oquedades de las rocas como en hermosos aposentos; se encierran en las montañas y colinas como entre muros y murallas inaccesibles... La tierra es su mesa y las hierbas silvestres que ella produce son su alimento habitual... Van errantes por los desiertos como las bestias salvajes, como si ellos mismos fuesen bestias...” (Elogio de los Solitarios de Mesopotamia).

El esfuerzo de esa mente voluntaria, de esa renuncia al mundo lleva consigo el riesgo de desviaciones, o a lo menos de una proyección excesiva del propio yo. Especialmente en Siria y Palestina se darán las formas más curiosas: estacionarismo (aguantar con los brazos en Cruz hasta caer rendido); los “acoimetas” (no duermen); el dendritismo (viven en los huecos de los árboles). O el estagiritismo (vivir sobre una columna), como en el caso de San Simeón (+ 459), quizás el más famoso, que primero se ató a una cadena y construye una cerca, hasta que el Patriarca le dice que la virtud reside en la voluntad: y entonces elige una columna, primero de 5 mts; después 6, 11 y llega a los 25 mts. Se lo veneraba tanto que un emperador bizantino manda hacerle un techito que él rechaza. Se le gangrena la pierna y caían de ella gusanos, entonces Simeón los



ponía de nuevo en las heridas: “¡Comed, comed lo que Dios os ha dado!” Se llegan a formar colonias de estilitas. Cuando muere San Simeón se levantará una inmensa basílica en su honor, hoy en ruinas, en Siria.

Otros “viven en celdas tan estrechas que apenas bastaba para él solo. Pues estuviera de pie o acostado siempre sufría mucho. No podía estar de pie sin que su cabeza tocara el techo, y no podía extender los pies cuando estaba acostado dado que la longitud de la cabaña no igualaba a la de su cuerpo”.

El vencimiento total de su físico les parecía esencial para poder librar el combate espiritual, para ser “capaces de Dios”. Será San Gregorio de Nisa quien pondrá el acento, más que en el ascetismo corporal, en la purificación del alma, en el vencimiento interior, especialmente de los pecados de pensamiento y de intención, para la ascensión mística. Es el carácter espiritual del ascetismo, ya que no debía pensarse que Dios gustaba sólo de los frutos visibles y sensibles de la renuncia y del sufrimiento. Por eso Casiano insistirá en la “puritas cordis”, renuncia del corazón como fundamental. Oponer el silencio de los labios a los tumultos del corazón, dirá San Juan Clímaco. Porque la superación fundamental es la del mal que anida en el corazón del hombre.

Ese gran combate es contra la carne, pero en definitiva contra el demonio. El demonio tiene voz sugerente o formas animales muchas veces y, otras, formas femeninas. En realidad, el carácter terrorífico del diablo es de época románica, fines del siglo X-XI. La presencia del demonio, el gran tentador, quiebra la paz. Puede ser a través de la “ansietas cordis” o “taedium cordis” o demonio del mediodía del salmo 91. En realidad, es la soledad o devastación del mediodía, y se manifiesta como “acidia”, que hace renunciar al combate, un cansancio del alma.

Puede tentar en forma femenina, casi como “demonios particulares” al decir a Anouilh en “La Alondra”. Por eso eran tan mal vistas las mujeres anacoretas. Aunque hay figuras interesantes, como Santa María Egipcíaca, a quien entierran leones; o Santa Apolinara, que se hace pasar por hombre con el nombre de Doroteo y vive con otro anacoreta, Macario, que se entera de quién es cuando la entierra...

El combate con las fieras reviste especial importancia como signo de santidad, referencia paradisiaca y anticipo escatológico. El mismo salmo 91 asegura, a quienes tienen como refugio a Yahveh, que

*“no ha de alcanzarte la desgracia
ni la plaga rondará tu tienda
pues Él dio orden a sus ángeles
de protegerte en todos tus caminos.
En sus manos te transportarán
para que tu pie no tropiece en la piedra,
andarás sobre el áspid y la víbora,
hollarás al león y al dragón...”*



Por eso San Gerásimo hace trabajar al león que se había comido a su asno, y entonces será el león quien transportará el agua y morirá tras el santo. Otros usan el cocodrilo como transporte. Las fieras se detienen en su presencia. El abad Amón deja dos serpientes cuidando su cueva. San Efrén dice:

“vuelan sobre las montañas como los pájaros pacen con las bestias salvajes como los ciervos”.

Habían logrado retornar al Paraíso, la Creación entera estaba reconciliada y se sometía al nuevo señorío de quienes habían vencido al siglo y a la carne. Por eso Adán es prototipo del monje, al decir de San Juan Crisóstomo, Adán antes de su pecado, “cuando estaba revestido de gloria y conversaba familiarmente con Dios”, libre de toda atadura, puro y vuelto al Señor por entero. El milagro revela entonces la prefiguración del hombre nuevo ya conseguido, una carne cristificada.

En el desierto, sin embargo, aunque convertido en otro Paraíso, no mueren nunca del todo las tendencias sociales. Por eso los Padres fueron confesores y directores de almas, retornaron muchos de ellos al “mundo”. En las grandes crisis de la Iglesia y en la lucha por la ortodoxia testimoniaron la fe auténtica. Antonio se presenta por dos veces en Alejandría, cuando la persecución de Diocleciano y en la lucha contra el arrianismo (311).

Otras veces aceptan el cenobio como forma distinta de vivir la entrega. Pacomio oye la voz del ángel:

“Has cumplido perfectamente todas tus obligaciones. Ningún beneficio obtendrás ya viviendo en esta cueva. Sal, pues, reúne a todos los monjes jóvenes, habita con ellos y dale leyes según normas que te dictaré...”

Pero no estaban en el pasado ni afincados en el presente; lejos de sí mismos, vivían proyectados hacia el fin del mundo o en el logro perfecto y atemporal de la imitación angélica. Por eso los textos del Apocalipsis abundan en sus escritos.

Era la corona de gloria para los nuevos testigos de la trascendencia absoluta de Dios. Escribe San Juan Clímaco:

“El monasterio es un cielo terrestre y así debemos ser: como los ángeles”.

Identificación mística y transfiguración del mundo. En realidad, es la idea platónica -mucho más que maniquea-: no anula al mundo sensible, sino que lo transfigura, porque es parcial. El anacoreta vence al tiempo y conquista la eternidad pregustándola aquí abajo.

Ellos y nosotros

La ley de la encarnación implica diálogo y relación dialéctica con el tiempo y la historia. Es el otro camino para vivir el cristianismo. Se trata no sólo de testimoniar lo divino en la sociedad profana, sino de asegurar la recapitulación de toda la Creación en Cristo. Encarnarse supone animarla desde adentro, asumirla como Cristo, en todo menos en el pecado, transformarla en su espíritu y en su alma. Por eso el nuevo hombre



contemplativo sabe que, junto a sus hermanos, no es tanto lo que da como lo que recibe. Y que Dios le habla también a través del tiempo y de los hombres, de los “signos de los tiempos”, tanto como en la soledad del desierto; que la convivencia también es prueba, y que la caridad modela el ser interior tanto como los ayunos y penitencias más duras y difíciles. Es el reconocimiento del valor santificador de la vida en el mundo, y de la santidad por el deber de estado.

Pero esto es relativamente nuevo en la historia del cristianismo. El medioevo, en cambio, consideró a las formas monásticas y anacoretas como cumbres eminentes de santidad, y sus monjes construyeron la Cristiandad que heredamos. Entonces, practicar la virtud en la esfera propia de cada uno, era lo que Dios pedía y aprovechaba al mundo. Y sin duda que era y es así y ésta es la gran lección de los Padres del desierto, de valor perenne.

Porque su fecundidad de siempre radica en el diálogo apasionado y absorbente con Dios que fueron capaces de sostener. Era el Tú divino que alentaba sus vocaciones, y era el Tú divino que plasmaba su yo ideal y carismático. Ese Tú divino formaba con el Yo ideal tenazmente perseguido, un Nosotros, una comunidad radicalmente originaria y primordial, desde la cual y gracias a la cual vivía y vive la Iglesia militante.

Cuando nos aproximamos a sus vidas y recorreremos con ellos el arduo camino del desierto, nos alcanza una cierta intuición de lo que desearíamos ser. Porque ellos realizaron un aspecto, una perspectiva de nuestra propia humanidad, más real y esencial que nuestro yo cotidiano, cubierto de máscaras y de alienaciones, distraído de Dios.

Es el encuentro consigo mismo a través de la comunión entre Creador y criatura. Abrazo primero que nos une a los demás en el amor y luego nos proyecta desde la interioridad de nuestra propia profundidad, única manera de ser fecundos en el hoy de la historia.